

La Guerra Grande y el medio social de la Defensa

I

Los diarios de Montevideo del 10 de diciembre de 1842, anunciaron á los habitantes de la ciudad, la desastrosa batalla de Arroyo Grande, donde después de cruenta y encarnizada lucha, el ejército constitucional del general Fructuoso Rivera fué derrotado completamente por las tropas rosistas, mandadas por el general Manuel Oribe.

Un chasque, probablemente un disperso en los primeros encuentros de aquella jornada, presumiendo toda la magnitud del desastre, bien montado, saldría de la refriega y huyendo de sus perseguidores, pasaría á nado el caudaloso Uruguay como lo harían más tarde, muchos de los vencidos para escapar de la saña del vencedor, y salvando en horas las distancias, atravesaría los campos de la patria desiertos y desolados—desde que la guerra había llevado á todos sus hijos,—hasta detener su caballo, recién cuando vislumbrara los techos blancos, las altas cúspides de la ciudad del Plata, circundada entonces como ahora, de tierras cultivadas, de alegres quintas diseminadas aquí y allá en medio de una naturaleza lozana y hermosa, como puede serlo en un día de plena primavera.

¿Que la noticia infausta conmovió los ánimos y causó estupor en Montevideo? Casi nos atreveríamos á decir que

todo lo crítico de aquella situación, fué conocido, cuando el gobierno de Joaquín Suárez comenzó á adoptar las primeras medidas de la defensa de la ciudad; recién cuando se llamó á la guardia nacional, se crearon los primeros cuerpos de línea, y se utilizaron los viejos cañones coloniales que servían de postes en las veredas, montándolos de nuevo en las empalizadas que se construían, fué que el pueblo se dió plena cuenta de toda la magnitud del desastre de Arroyo Grande, el cual dejaba á la República, según la célebre frase de Juan Agustín Wright: *bataida en el exterior, sin ejércitos ni soldados, sin material de guerra, sin dinero, sin rentas y sin crédito*.¹

Fué entonces—cuando la prensa daba cuenta que el ejército invasor había franqueado el Uruguay, y se ponía en camino para rendir la ciudad, última etapa de aquella carrera de triunfos que había empezado en Quebracho Herrado y concluía en Arroyo Grande—que sus habitantes—llevados quizás por ese instinto de la conservación social, ya que las noticias de los excesos de los vencedores sobre los vencidos, hacían aparecer á aquéllos como seres ávidos de luchas sangrientas y de horribles venganzas—se prepararon para la defensa, por cuanto implicaba para ellos, la defensa de sus vidas, la de sus hogares y de sus intereses.

Encarada la situación en esos términos, ya no se volvería atrás. El gobierno de Joaquín Suárez encontraría el apoyo que necesitaba, se hallarían armas y soldados; y hasta se

¹ Por la Imprenta de «El Nacional» se publicó en 1845 un interesante volumen bajo el título de «Apuntes históricos de la Defensa de Montevideo». Aunque el libro apareció anónimo, su autor fué Juan Agustín Wright, personalidad descollante del grupo de argentinos, que huyendo de la tiranía de Rozas, se asilaron en Montevideo. La edición que se hizo de esta obra que no abraza sino el primer año de la Guerra Grande, fué reducidísima: el ejemplar que poseemos y al que hacemos referencia, perteneció á la biblioteca del general Melchor Pacheco y Obes.

crearían jefes, brotados, si se quiere, de esa misma sociedad, como surgen las cabezas dirigentes cuando es el mismo medio quien las produce.

José María Paz, hacía poco tiempo que había llegado á la ciudad. Si su nombre y su fama como táctico, como militar de escuela, era conocido, por sus hazañas, rematados en el espléndido triunfo de Caaguazú obtenido un año antes, no es menos cierto que su entrada en Montevideo en noviembre de 1842, había sido poco menos que la de un fugitivo, el cual abandonado hasta de los suyos, busca refugio y amparo de sus derrotas. Pero era Paz, el guerrero de la Independencia, el héroe de Venta y Media y de Ituzaingó, y el pueblo unido por un mismo sentimiento, olvidando rencores y pasiones políticas, desfila en manifestación callejera por frente á su casa particular para pedirle á él, que ponga su espada al servicio de la Defensa.¹

Faltaba, sin embargo, algo más. Fructuoso Rivera, ha venido á Montevideo disputándole palmo á palmo el suelo de la patria á los vencedores, y después de recorrer las fortificaciones, de darse cuenta plena del estado de la ciudad, ha visto que era necesario un hombre superior á Paz, que si éste debía ser el ejecutor, que hubiese alguien que fuese el nervio, que hiciese y mandase.

Surge, entonces, la personalidad de Melchor Pacheco y Obes. ¿Quién era Pacheco? Un joven que contaba apenas treinta y tres años, rubio, delgado, de mediana estatura, de ojos claros y mirada penetrante. Sus servicios militares, tan sólo databan de algunos años.² Su hecho más culmi-

¹ Sarmiento: «Recuerdos sobre la actuación del general José María Paz en Montevideo». «Memorias póstumas del general Paz», tomo IV, página 104, primera edición.

² Melchor Pacheco y Obes ingresó á las filas á los diez y siete años de edad, en 1826 en la división del general Julián Laguna.— Véase el archivo de Laguna. Tomo I. (B. N.)

nante había sido el levantamiento del departamento de Soriano á raíz de la invasión á la República del ejército de Oribe.

Para delinear su figura antes de su nombramiento de Ministro de la Guerra de la Defensa, sería menester encargarla en su faz principal: su intelectualidad. Un soñador, un romántico, pleno de ideales que había cantado con Adolfo Berro, en admirables versos, á la paz de la América, á la ruina de los tiranos y al triunfo de la libertad. Un escritor y un periodista que desde las columnas del «Talismán» en 1840, con Rivera Indarte y Juan María Gutiérrez, había marcado los rumbos de la moderna literatura, siguiendo la senda trazada por el autor de «Los Consuelos», el famoso Echevarría. Un estudioso, un orador, el mismo que años después, en París, como Ministro de la República, en un discurso memorable, cautivara arrastrando al pueblo francés que lo llevaría en medio de vítores á su patria, la República Oriental.¹ Pues bien, ese hombre, cuyo carácter principal parecería que fuesen las letras, era militar y tenía el grado de coronel, y él sería el Ministro de la Guerra de la Defensa.

Su nombramiento para ese puesto, coincide con el de Santiago Vázquez para la cartera de Gobierno.

No era por cierto, Santiago Vázquez una personalidad creada por las circunstancias, pero si las condiciones azarosas de una situación producen las entidades dirigentes, también exigen el esfuerzo de los mejores, y en ese caso Santiago Vázquez iba al ministerio con toda la aureola de su prestigio, de sus grandes servicios al país, de su energía y de su valor moral, demostrado tantas veces y principalmen-

¹ Hemos sostenido antes de ahora que la patria de Pacheco y Obes fué la República Oriental. Véase á este respecto los artículos que publicamos en «El Siglo» de mayo de 1904, con motivo de la aparición del libro del señor Setembrino E. Pereda: «Los extranjeros en la Guerra Grande.»

te en 1832 como único autor de la contrarrevolución de agosto que restableció el orden constitucional en Montevideo.

Un nombre más, y tendremos caracterizada la Defensa. Con Pacheco y Obes y Santiago Vázquez en el ministerio, con Paz, al frente de las fuerzas, la plaza estaba asegurada, pero faltaba un jefe de la ciudad, una autoridad civil, que fuese militar y política. Aparece entonces la figura de don Andrés Lamas, como Jefe Político. Acaso su nombre no había sonado aún bajo el aspecto del célebre diplomático, del escritor, del estadista é historiador, como lo conocieron las generaciones siguientes. Andrés Lamas en 1843, era uno de tantos jóvenes de aquella falange de intelectuales de esa época célebre para la literatura del Río de la Plata. Como periodista en 1836, redactor de «El Nacional», había emigrado al Brasil, después que su imprenta fuese clausurada por orden del gobierno de Oribe, ante los anuncios de la revolución riverista de aquel año. Soldado ciudadano, asistió como secretario del general Rivera á la batalla del Palmar, y el manifiesto memorable de 1838, en que el vencedor dejaba al fallo de la historia los motivos de su campaña triunfadora, fué obra de su brillante pluma. Después, su vida se concentra por completo á las letras y á la política. En la época á que nos referimos, había figurado ya al lado de Miguel Cané, como fundadores de «El Iniciador», diario en que colaboraron Florencio Varela, Juan Bautista Alberdi y todo el elemento más saneado de aquella edad, rica como ninguna, de las letras nacionales; ¹ escritor erudito, verdadero esti-

¹ «El Iniciador», fundado por los doctores Andrés Lamas y Miguel Cané (1838), señalan en el periodismo uruguayo una época especialísima. Hasta entonces la prensa nacional como «El Universal» de Antonio Díaz y tantos otros, eran diarios esencialmente políticos, limitando sus artículos á la crítica de los actos del gobierno, publicación de decretos y noticias oficiales. «El Iniciador», como su nombre lo indica, introdujo en el periodismo las crónicas de teatro, las no-

lista, se había revelado en un admirable estudio sobre el clasicismo y romanticismo en América, publicado como introducción de las poesías de Adolfo Berro.

La acción conjunta pues, de esos cuatro hombres, Pacheco y Obes y Paz, Santiago Vázquez y Andrés Lamas, harían inexpugnable la ciudad. —Por encima de ellos, todavía había una personalidad más: Joaquín Suárez.

¿Qué causas y que motivos debieron influir para que su autoridad en el gobierno fuera respetada y obedecida por todos? La moderna sociología enseña que en las grandes crisis, en los momentos más álgidos de la vida de un pueblo, la masa se concentra alrededor del mejor, del más dotado por la naturaleza, de aquel que ofrece más garantías ante el peligro común. Y bien, ¿acaso Joaquín Suárez era un jefe de partido, un jefe militar que hubiese acaudillado multitudes para conducir las á la victoria? Nunca había sido soldado en la verdadera acepción de la palabra; si su iniciación en la vida pública fué combatiendo por la libertad en Las Piedras, al lado del gran Artigas, su actuación larga é importantísima se desarrolla después en una forma distinta, lejos del ruido de las armas y de los campos de batalla. Fué ministro, fué legislador diversas veces, y como presidente de la Asamblea, llegó á desempeñar las funciones ejecutivas durante el período del Sitio. —Sin embargo, sus gestiones ya ministeriales ó parlamentarias jamás caracterizaron su acción principalmente por esos aspectos.

Con todo, Joaquín Suárez es la personalización de la Defensa, es la encarnación de todos los esfuerzos reunidos para la resistencia de la ciudad en su prolongado asedio.

¿Sus méritos entonces? Joaquín Suárez, era y fué du-

tas sociales, publicando versos y cuentos literarios. Sus redactores, como lo decimos, fueron Andrés Lamas y Miguel Cané, colaborando además Florencio y Juan Cruz Varela, Juan Bautista Alberdi, Félix Frías, Carlos Tejedor, Bartolomé Mitre, Juan María Gutiérrez, Esteban Echevarría, Miguel Irigoyen, Rafael Corvalán, etc.

rante toda su vida un hombre de una austeridad y de una pureza de espíritu en realidad intachable. Colocado al frente del gobierno, por una circunstancia accidental, su nombre es toda una bandera de principios, y su permanencia en el poder es la demostración más palpable y más clarovidente de los propósitos que abriga todos los que han tomado las armas, en defensa de las instituciones. Por eso la prensa de Buenos Aires y del Cerrito al colmar de críticas, de burlas crueles, ó de apodos ridículos á los que no compartían con sus ideas, se detuvo siempre ante la figura venerable de Joaquín Suárez. Es que era por todo y sobre todo el prototipo del desinterés y de la rectitud del ciudadano. Rico, acaudalado, heredero de una inmensa fortuna, las luchas por la independencia, los gobiernos constitucionales en sus momentos más críticos encontraron constantemente al hombre dispuesto á cualquier sacrificio sin solicitar jamás la más mínima compensación. La Guerra Grande concluyó con la totalidad de sus bienes. Muchos años después, ya viejo y en las postrimerías de su existencia, retirado en su antigua quinta, donde las generaciones futuras levantarían un monumento á su gloria, vivía modestamente de una pensión que le pasaba el Estado.

¡He aquí la Defensa! El ejército de Oribe podía avanzar y llegar hasta el Cerrito iniciando el asedio. La situación de la plaza estaba asegurada; en campaña quedaría Fructuoso Rivera. Es el mismo de todas las épocas, de todos los momentos de nuestra historia; es el vencido de hoy, el vencedor de mañana, el guerrillero audaz y valiente, es el derrotado de Arroyo Grande que con los restos de su famoso ejército, ha conseguido en pocos días reunir los dispersos formando una división de cuatro mil hombres, con los cuales ha imposibilitado el movimiento de avance de los soldados enemigos.

No es este el lugar aparente para diseñar los múltiples aspectos de su personalidad compleja. Jefe militar, muchas veces condujo sus tropas á la victoria y sus triunfos fueron siempre los más gloriosos. Caudillo, su prestigio fué

inmenso en todos los instantes de su larga actuación, y su nombre fué repetido por el pueblo aún en las horas supremas, cuando el dolor y las angustias embargaban los espíritus ante la realidad del desastre que arrastra y aniquila.

En la Guerra Grande, la estrella que guiara sus éxitos parece oscurecerse, y su última gran campaña termina en la desgraciada acción de India Muerta. Aún asimismo tal es su fama, la fe ciega que se tiene en él, que derrotado, proscripto después que sus soldados se desbandaron y vieran su ruina completa, su nombre es pronunciado de boca en boca por todos los habitantes, como el del único que podrá salvar en un momento dado á la República. Sus hechos de gloria perduran al través de los desastres y sus condiciones de militar y de guerrillero son tan conocidas, que han traspuesto la frontera de la patria. Así Sarmiento, desde Chile, en 1845, todavía decía... «todo el poder de Rozas hoy, con sus numerosos ejércitos que cubren toda la campaña del Uruguay, puede desaparecer destruído á pedazos por una sorpresa hoy, por una fuerza cortada mañana, por una victoria que él sabrá convertir en su provecho...» ¹

II

Era el 14 de febrero de 1843. Las noticias del ejército invasor lo daban á pocas leguas de Montevideo. Aquella misma noche, en la mañana siguiente quizás, acamparía á sus puertas para iniciar en seguida, en la primera alborada, el gran asalto sobre las fortificaciones de la plaza, la gran lucha que tendría por teatro las calles de la histórica ciudad.

Aquel día, ya al caer la tarde, los habitantes fueron sorprendidos por un movimiento inusitado. Por la calle de

¹ Sarmiento: «Obras completas», tomo VII, página 43.

San Carlos, ¹ en medio de aclamaciones entusiastas marchaban hacia afuera todos los cuerpos de la guarnición. A su frente é iniciando la columna iba el general Paz, acompañado de Rufino Bauzá, jefe de la Legión de Guardias Nacionales, de Tomás Iriarte, director de la línea de fortificaciones, y de Manuel Correa, jefe de Estado Mayor.

Imponente espectáculo debía ofrecer el pasaje de aquellos veteranos de las guerras de independencia, de los Andes ó de Ituzaingó, que después de haber peleado por la libertad del continente, de nuevo tomaban sus armas en defensa de las instituciones que ellos mismos contribuyeran á cimentar. Iban en revista militar, vestidos de toda gala, guiando los batallones de la Defensa; su paso bajo los arcos triunfales de la Ciudadela en medio de un pueblo numeroso que desde los balcones y azoteas de las casas vecinas saludaba y vitoreaba á aquel ejército improvisado, debió de ser de un efecto, en realidad emocionante; allí se veían en las mismas filas jóvenes soldados que por primera vez vestían el uniforme militar, confundidos con viejos guerreros de tez bronceada por el humo y la pólvora de cien combates y en cuyos pechos brillaban las insignias del Perú ó del Brasil. ²

Un acto solemne era el que iba á verificarse: la entrega de banderas nacionales á cada uno de aquellos cuerpos. Tendidos en línea desde la puerta exterior *del Mercado* por la calle *Nueva* (hoy 18 de Julio) hasta la antigua barraca *de Esteves*, ³ á las 5 1/2 de la tarde los clarines anunciaron la llegada del Ministro de la Guerra, Melchor Pacheco y Obes, acompañado de altas autoridades civiles y militares, dándose comienzo á la tocante ceremonia. Las fuerzas fueron pasando en orden de su formación. El co-

¹ Hoy Sarandí.

² Recuerdos de la Defensa de Montevideo. Apuntes inéditos del coronel Mendoza.

³ 18 de Julio esquina Daymán.

mandante Lorenzo Batlle al frente del número 1 de Guardias Nacionales fué el primero en recibir la enseña de manos del ministro, quien vestido de gran uniforme, al proceder á la entrega, pronunció con la elocuencia que le era característica las siguientes palabras: «el depósito de los colores de la Nación hecho al primer batallón de Guardias Nacionales, les impone el deber de alzarlo victorioso el día de la pelea. Han empañado su lustre reveses, pero casi siempre han flotado sobre los pabellones enemigos; que el batallón 1.º de Guardias Nacionales corresponda á la esperanza de la República. Señor Comandante: en nombre del Gobierno os entrego esta bandera».

Fueron así pasando uno á uno todos los cuerpos. Cuando se presentó la Legión Argentina, el ministro Pacheco se adelantó al encuentro de su jefe el coronel José María Albariños, y en el acto de entregar el estandarte dijo lo siguiente: «¡Porción escogida del pueblo argentino! He aquí el pabellón hijo de aquel vuestro con que marchamos de victoria en victoria hasta la cumbre de la inmortalidad. El opresor de vuestra Patria, viene á pedirnos cuenta del asilo que os hemos dado: á vosotros, las cabezas que no habéis querido inclinar bajo su yugo. Tomad la bandera oriental y mostrad al mundo que sois dignos de ese asilo y de nuestra amistad, y que el Pueblo Oriental no pelea contra la libertad argentina cuyos colores están estampados también en la nuestra!», á lo cual Albariños, tomando la bandera que se le entregaba, contestó: «Doce años de asilo nos imponen sagradas obligaciones para con nuestros hermanos los orientales: combatiremos con su bandera contra el opresor que nos amaga, y si está decretado que él la arrastre en el fango, ese fango será formado con la sangre que derramen los argentinos defendiéndola.» ¹

Era ya entrada la noche cuando los batallones volvie-

¹ Véase «El Nacional» del 15 de febrero de 1843.—Tomamos estos datos de la crónica publicada por su redactor José Rivera Indarte.

ron á sus cuarteles. Un notable escritor testigo presencial de aquel acto lo describe en la siguiente forma: La distribución de las banderas fué magnífica é imponente. El cielo toldado de nubes y agitado por la tormenta escondía la luz del Sol, y á la de los relámpagos reflejaban sus colores las banderas nacionales y brillaban los fusiles de los batallones. El trueno llenaba los intervalos que dejaban las palabras elocuentes del Ministro de la Guerra y los aplausos de los soldados y del pueblo. En ciertas alocuciones se cubrieron de lágrimas los ojos de Pacheco y Obes: y la tempestad que avanzaba era como la imagen de nuestra situación actual, que como ella es precursora de hermosos días de calma y de ventura. ¹

La distribución de banderas á todos los cuerpos de la ciudad verificada en la forma que lo hemos narrado, no tenía en realidad otro objeto que retemplar los ánimos y fortalecer los espíritus de los soldados.

El ejército invasor se aproximaba; ya no era cuestión de días sino de horas; sus avanzadas estaban á pocas leguas, y esa noche ó al día siguiente estaría en el Cerrito. El 15, amaneció, no obstante, sin que aún las tropas enemigas se dejaran ver; en balde desde los miradores más altos, desde los edificios de extramuros, centenares de personas dirigían sus anteojos en procura de novedades, nada absolutamente en toda la línea del horizonte, pudo distinguirse. La tarde parecía que iba á pasar tranquila. Las últimas disposiciones de la defensa de Montevideo, se habían tomado.

Fué recién al ocultarse el sol que los *telégrafos* ² (apostados fuera de las fortificaciones) advirtieron la presencia de los primeros soldados enemigos, cundiendo la noticia

¹ Agustín Wright: «Apuntes históricos para la Defensa», op. cit.

² Llamáronse *telégrafos* en tiempo de la Defensa los escuchas más avanzados. Su cometido era dar la voz de alarma de los movimientos del ejército de Oribe.

en seguida. ¡Por fin estaban allí! ¡Por fin había llegado Manuel Oribe, el vencedor de Lavalle, de Lamadrid, el victorioso de Arroyo Grande, al frente de su ejército, compuesto de más de 14,000 hombres perfectamente armados y municionados, con más de treinta piezas de artillería! Pero la noche cerró, sin que en el espacio sonara ni una sola arma de fuego.

Era aquella una noche clara y hermosa de Verano; los centinelas apostados á lo largo de las fortificaciones repetíanse las voces de *alerta*, en tanto que los jefes de los cuerpos de servicio recorrían sus líneas dando las últimas órdenes, adoptando las últimas medidas. En la ciudad, en medio del sobresalto, del temor, reinaba esa serenidad de ánimos que da la decisión, el conocimiento pleno que llegada la hora del peligro todos sabrían cumplir con su deber; en los cuarteles cada soldado estaba con el arma al brazo, cada oficial estaba en su puesto, en tanto que los habitantes de Montevideo casi sin excepción, en las calles, acantonados en las casas, permanecían prontos para la primer señal de alarma. Es que esos instantes eran los decisivos; Oribe había llegado ya al Cerrito y esa noche sería la indicada para que su ejército, amparado en las sombras iniciase el sangriento asalto tomando por sorpresa á la ciudad... De pronto, en medio del más profundo silencio, suena un clarín de los puestos más avanzados, y ese toque se repite en todos los cuerpos de la línea como un llamado de *general*; cunde la alarma, y en la plaza las campanas de la *Iglesia Mayor* y del Convento de San Francisco repican tocando *á rebato*: ¡el enemigo avanza! ¡Momentos supremos de crueles angustias, de incertidumbre y de grandes esperanzas!

Viéronse por las calles, dice una crónica de la época,¹ correr los batallones que estaban en la reserva, para cubrir las trincheras; vecinos de todas clases y condiciones

¹ «El Nacional» del 16 de febrero de 1843.

sociales, á quienes la Guardia Nacional no les comprendía, tomar sus armas precipitadamente incorporándose á las fuerzas militares; escenas tocantes y cuadros conmovedores de padres y de hijos que abandonaban sus hogares para concurrir á la defensa de la ciudad; nadie se excluía del servicio: todos, impulsados por los mismos sentimientos, arrastrados por las mismas ideas, querían compartir idéntica suerte ante el peligro común. Allí, cubriendo las trincheras, en las baterías de la plaza, reunidos en pocos instantes, mezclados los unos con los otros se encontraban soldados, obreros, miembros de las clases más humildes, con escritores, poetas é individuos altamente colocados.

Así, Juan Pablo López, el mismo de Arroyo Grande, que gravemente enfermo venía á Montevideo á restablecer su salud, ha sentido los clarines de alarma y abandonado el lecho, desprendiéndose de sus insignias de general, forma en la línea de defensa, armado de una tercerola, como soldado raso. Isidoro Suárez y Prudencio Torres, ¹ viejos coroneles de las guerras de independencia, héroes de Junín y Ayacucho, han sentido vibrar sus fibras guerreras y aun cuando los dos hace ya tiempo que se han retirado de la actividad, marchan también á prestar su contingente de prestigio y de valor tantas veces demostrado. No son sólo ellos; los extranjeros, los eximidos de la ley marcial, profesores, periodistas, iban cada uno con sus armas á disputar el campo al invasor. Así, Cándido Juanicó, joven acaudalado, concurrió esa noche como otros muchos á ocupar su puesto en las líneas, enrolándose desde entonces en las filas del

¹ Prudencio Torres se inició en la carrera de las armas en el ejército de San Martín, encontrándose en casi todas las batallas de las campañas de Chile y Perú. Actuó en la guerra del Brasil en Ituzaingó, formando después en las tropas de Lavalle y Lamadrid en la lucha contra Rosas. Como coronel se incorporó en las filas de la Defensa, muriendo valientemente de un balazo en la frente en una guerrilla mantenida con los sitiadores el 16 de julio de 1843. Véase «El Nacional» de esa fecha.

ejército de la Defensa. ¹ Todos sienten latir al unísono sus corazones, y empujados por la convicción de que es necesario salvar á la ciudad, cada uno cumple con su deber. Por eso nadie ha dejado de ir. Por eso José Rondeau, el vencedor del Cerrito, proscripto de Rosas, quebrantada su salud por los años, casi en el lecho de la muerte, exclama: *¡Ah! si pudiese montar á caballo, Oribe no estaría allí... yo conozco mucho esos campos!* ²

Las horas de la noche pasan en vano, sin sentirse ni siquiera el estampido de un tiro; el alba despunta, y las primeras luces del día, á medida que disipan las sombras, van dando el colorido á la escena. De un lado están las baterías de la plaza, sus fortificaciones, cubiertas de soldados, teniendo adelante los escuadrones de extramuros de Francisco Tajés y de Marcelino Sosa; más atrás se distinguen en filas compactas, destacándose sobre el negro murallón de la *Ciudadela*, tendidas sobre la calle *nueva del centro* todas las fuerzas de Montevideo; á su frente han permanecido esperando al enemigo Melchor Pacheco y Obes y José María Paz. Ya las claridades de la mañana van alumbrando sucesivamente los campos cultivados y las quintas de los alrededores; en la cúspide del Cerrito, confusamente, parecen verse guardias y cañones enemigos... Un instante después, una salva de veintiún cañonazos anuncia á la ciudad el sol del 16 de febrero de 1843.

¡Comenzaba el sitio!

PABLO BLANCO ACEVEDO.

(Continuará).'

¹ Cándido Juanicó permaneció en el ejército de la Defensa, hasta que el gobierno de Joaquín Suárez, en 1844, lo nombró Juez de 1.^a instancia en lo criminal.

² Introducción del doctor Andrés Lamas á la autobiografía del general Rondeau, publicada en Montevideo en 1847.